las gotas me amamantaron
mil madres me dio la lluvia
Quise, intenté, amé, oré en las noches eternas
volé en cuentos, en sueños. . ."

Pequeño fragmento del poema "Historia, mujer, historia" de Mónica Gómez.

De "cuentera" a poeta y viceversa, pero siempre dejando la sensación de que ella realiza una literatura femenina del exilio.

Nacida en Santiago de Chile (1944), estudió Comunicación en la Universidad Católica de su queridísimo país. Ese amor la hizo denunciar ahí mismo injusticias, luchar junto a su pueblo y soportar con pánico/valentía el golpe de Estado que dio fin a la presidencia de Allende y dio paso a la tiranía de Pinochet.

Un año después de aquel acontecimiento Mónica salió de Chile y vino a México (1974).

Aparte de sus inquietudes periodísticas surgió en ella la necesidad de comunicarse de otra forma y la literatura fue la alternativa ideal, no sin antes prepararse lo mejor posible para ello.

Así pues, asistió a los talleres literarios de Poli Délano y Humberto Constantini. Su gran admiración por Borges también influyó determinantemente en su formación literaria.

Su primer obra fue *Aproximaciones* (1986), 21 cuentos llenos de prosa singular, dinámica, por medio de la cual rememora constantemente su querido Chile, por ejemplo "Una tarde allá en Santiago" conmueve de principio a fin.

El 7 de marzo de 1988 es presentado en la IX Feria del Libro, en el Palacio de Minería, su segundo libro: *De la vida, los hombres y otros cuentos*, pues "todo es puro cuento" –diría ella misma– y en donde el drama del exilio es el principal protagonista, además de otras narraciones llenas de humor y gran ironía.

Ahora, en 1990, nos ofrece *Poesía Negra*, más de 40 poemas que describe sus sueños, nostalgias, esperanzas, amores y desamores. Cantos llenos de lamentos por el exilio y de fuerza obtenida por éste mismo.

Bien dice el pintor Mario Orozco Rivera: "Mónica puede escribir los versos más tristes de este exilio. . . prefiere la esperanza de la locomotora a pleno vapor a la falacia de la mudanza lenta. . . quiere un mundo sin valle de lágrimas, sin heces que no sean las estrellas en el infinito. . . Con este libro Mónica-poeta nace, crece, se introduce y llora".

P.D. Mónica, ya en una entrevista lloramos juntas, ¿recuerdas? No olvido tu enorme casa en Coyoacán, tus gatos y ese riquísimo café capuchino. Ahora me conformo reencontrándote en tu poesía. Algún día, te diré personalmente lo que me conmovieron. Hasta pronto.

La soledad es la misma

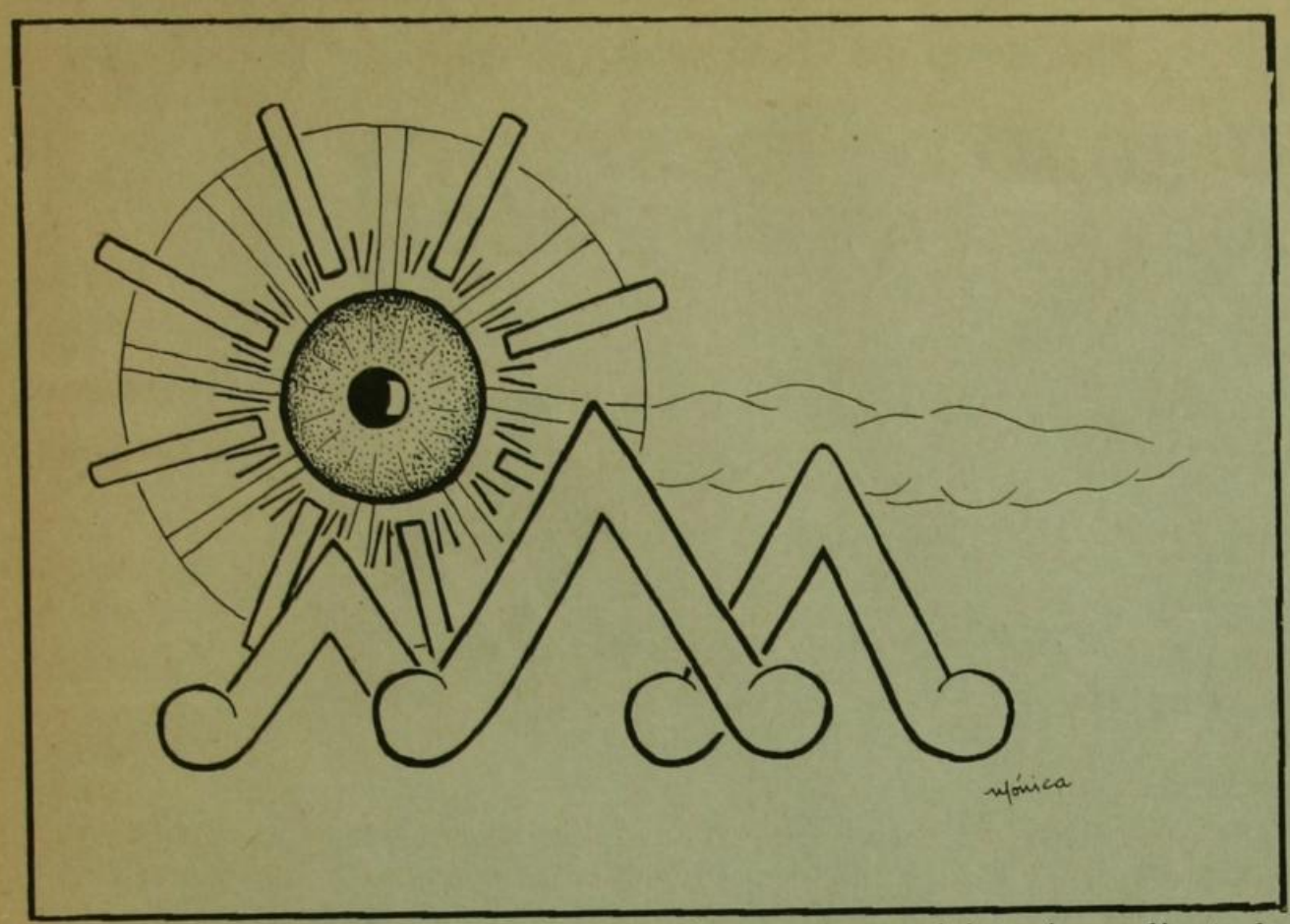
Francesca Gargallo

Presentar al público lector un libro del cual existen doscientas copias retocadas a mano como si se tratara de litografías, aunque parezca absurdo, me provoca más cuestionamientos personales que literarios o artísticos.

Nunca he estado en una sesión de análisis, por lo tanto conozco muy poco acerca de los mecanismos de defensa. De cualquier forma creo haber individuado el que me hiciera rechazar *Y la soledad es la misma* durante su primera lectura. A lo largo de una noche devoré sus 196 páginas diciéndome a cada capítulo que lo que estaba leyendo era infantil, cursi, exagerado, obvio, escrito de manera demasiado lineal y sin recursos descriptivos. Me lo dije sin parar como sin parar justifiqué el hecho de que siguiera leyéndolo con la excusa de que quería entender a una mujer que se siente sola de noche a pesar de tener dos hijas, que no tiene sueño después de un día de trabajo, que encuentra inútil su vida, que es capaz de querer morir porque un hombre la deja y que no sabe con quién hablar. Terminé el libro y me dio insomnio. Miré con antipatía hacia el teléfono. Deseé tener un "buen libro" que leer. Me levanté y preparé una tisana. Volví a la cama y a *Y la soledad es la misma*.

Este cuento artesanal, editado entre amigas, que involucra a cuantos entran en contacto con él, es la historia de todas las personas que necesitan de la invitación de otra para dar cauce a su interés para con los demás y a su solidaridad humana, para romper así con su descomunal soledad.

Mar, la autora, es a la vez el personaje central de esta historia que, de no involucrar tan hondamente sus creencias religiosas y vida afectiva, bien podría parecer un reportaje por las formas investigativas en que se desarrolla y por la lineari-



dad en que está narrada.

El 2 de febrero de 1989 Mar publicó un anuncio en el *Tiempo Libre*, en el que se definió como una profesionista sola de treinta años que busca amigas y amigos para hablar por teléfono después de las 9.30 de la noche. "Suficientemente humilde para reconocer que estaba sola y lo suficientemente audaz para poner los anuncios", como ella misma se reconoce, Mar desencadena un diluvio de llamadas telefónicas, de citas, de confesiones, de groserías que la llevan desde su catolicismo militante, a reconocer que su grito de auxilio contra la soledad le permite acompañar a quien está más o tan solo como ella.

El "happy end" de la historia, el matrimonio con Alfonso, uno de sus más constantes amigos telefónicos, corona el deseo de Mar de no volverse a sentir sola en Navidad ni de noche, el deseo de tener un marido y otras hijas en forma legal, de no sentirse atrapada por el paso del tiempo en la nada afectiva, el sabor a diazepan y la desgana. Corona también la solidaridad de la familia López y el amiguismo de Juan Jacobo.

Literariamente hablando, *Y la soledad es la misma* tiene aciertos y desaciertos. Entre los primeros vale la pena mencionar la capacidad de mantener el interés mediante la introducción sistemática de los personajes, la de sus discursos y de sus formas de ser, en la vida de la Mar que preexiste a la determinación de buscarse amigas a como dé lugar. La depresión y el desconsuelo de Mar no aturden así al lector, sino son revelados al final para redondear su fuerza. Entre los desaciertos diré que la insistencia discursiva sobre su religiosidad y el uso en los diálogos de los diminutivos empalaga.

Es desde lo conceptual, sin embargo, que quiero acercarme al libro de Mar Sáenz y eso porque su literatura es femenina. Y por femenina entiendo capaz de proponer "universales" —o sea sentimientos, imágenes proposiciones, conceptos e ideas que las mayorías pueden reconocer como propios de su cultura—. Los universales no son neutros, como ha pretendido la cultura patriarcal, sino sexuados: los hay femeninos y los hay masculinos. Amor, soledad, muerte, abandono, alegría, felicidad, belleza, hoerísmo han sido cantados hasta ahora por autores que valoran positivamente sólo su aspecto masculino y que, por eso mismo, pretendían que la sola valoración que estos conceptos universales tenían era la masculina erigida en neutra. Ahora bien, el concepto de amor, supuestamente neutro, implicaba la descripción literaria de un sentimiento activo y posesivo en el caso de un personaje masculino o de un sentimiento de resignación sufrida o de pasión enloquecida en el caso de una personaja. Coraje significaba dar la vida en un campo de batalla o trabajar callada y secretamente para mantener a la familia en desgracia. Libertad para un hombre era ir a hacer la América, para una mujer poder escoger a su futuro marido. Y así puedo seguir por horas. El hecho es que entre los autores patriarcales que pretenden que los universales son neutros, esos mismos universales son utilizados con acepciones totalmente diversas al tratarse de hombres o de mujeres.

Lo falso del concepto de neutro se agrava cuando nos percatamos que también hay formas diversas de acercarse a temas de interés universal: formas femeninas y formas masculinas. No es lo mismo describir la soledad partiendo del yo solitario que partiendo de la ausencia; ni definir a la sociedad como espacio en donde ejercer el poder o como conjunto de personas con quien relacionarse solidariamente. El mismo poder es dominio y es poder de acción.

El libro de Mar maneja universales femeninos porque centra el diálogo con el lector en la definición de la soledad como ausencia del otro a quien amar y plantea una búsqueda activa del poder —hacer algo por y para los otros. Estos a su vez son personajes y deseadas en forma no posesiva ni violatoria. Sus características son respetadas, no son ni idealizados ni condenados. El libro de Mar pertenece a la literatura de los universales femeninos, a pesar de su evidente adhesión a la cultura patriarcal —por ejemplo, firma con el apellido de su nuevo marido sin que eso la incomode—, porque es capaz de reconocer desde la sensibildiad de la abandonada, de la luchadora, de la optimista, de la confiada, la importancia de escribir sobre la propia soledad y la de los otros.